

Las máscaras del poder-saber¹

Los cuerpos y la verdad en entredicho²

Las relaciones de poder penetran los cuerpos y transitan pluralmente por las calles, los lugares de trabajo, de vida y de muerte. La historia concreta de sociedades determinadas, en continentes y tiempos definidos, hace que esas relaciones de poder deban ser analizadas e interpretadas en cada caso recogiendo las huellas y las realidades que ellas han dejado sobre el cuerpo de los individuos y en el pulso vital de la sociedad.

No parecen ser siempre los deseos, las ideas, los proyectos los que modelan los gestos, las conductas y las acciones de los cuerpos, así como ni éstos ni aquéllos encuentran su centro de formación y expresión exclusivamente en el reducto amurallado o poroso de los individuos que canjean entre sí sus impresiones o se han tornado incomunicantes el uno para el otro. Más allá de ellos y entremedio de sus cuerpos

¹ [La primera versión de este texto, en Revista *Mensaje*, tiene la siguiente bajada: «El pensamiento de Michel Foucault, filósofo francés que desde la década del 60 viene publicando numerosos libros y artículos, no es fácil captar. Contribuye a esto el que lo que es nuevo no son las *respuestas* a problemas ya familiares en la tradición filosófica, sino el *planteo* mismo de los problemas. Así, por ejemplo, el que quisiera enterarse de su «metafísica» y de su «epistemología» tendría que leer *La arqueología del saber* y *Las palabras y las cosas*. Y allí leería afirmaciones como ésta «(...) en un análisis como el que yo llevo a cabo, las palabras están tan deliberadamente ausentes como las cosas mismas (...) No nos situamos más acá del discurso (...), tampoco nos trasladamos más allá del discurso; nos mantenemos (...) al nivel del discurso mismo» (*L'archéologie du savoir*, p. 66). El artículo que publicamos se ocupa de otra problemática central en el pensamiento de Foucault: la relación entre el saber y el poder, entre los discursos y las instituciones. Por «poder» no entiende lo que suele tenerse presente cuando se habla del poder político, económico, cultural, etc. Él entiende más bien el poder como una realidad *difusa* en todo el cuerpo social. Así, por ejemplo, el disciplinamiento que ha impuesto a *todos* sus miembros la sociedad industrial es una forma de poder. El poder que los padres tienen sobre los hijos en su función de superego es otra forma de poder»].

² [En su primera versión, este texto no poseía subtítulos, los que la segunda versión sí consigna].

y deseos se teje continua y diferenciadamente una red de relaciones familiares, de aprendizajes en la escuela, en las páginas de los periódicos, entre las voces y las imágenes de la radio y la televisión, aprendizajes que llevan consigo, sin embargo, una extraña y sistemática huella de olvidos y desaprendizajes. Pero los hilos de esos ovillos de relaciones se entrecruzan también con situaciones de trabajo y cesantía; con condiciones de salud, de enfermedad y de muerte; con recintos cerrados hacia afuera y armados en su interior en los que se forjan la obediencia y la eficiencia militar; con normas y dictámenes legales que prescriben, absuelven y condenan; con espacios amurallados y celulares de ejecución de castigos sociales que operan como laboratorios de delincuencia y, en teoría, también de rehabilitación ciudadana ordenada y responsable.

No es en el lugar ninguno de la geometría pura, ni sólo en el discurso ideológico único y masivo de una conciencia descarriada de la razón trascendental, en donde se alojan estas relaciones múltiples que envuelven y configuran al individuo. Ellas habitan y se reproducen en espacios arquitectónicos poblados por rituales específicos: el hogar, la escuela, salas de redacción, talleres y fábricas, hospitales, cuarteles, tribunales, prisiones. Las calles y las plazas públicas, las poblaciones y los barrios conectan y hacen circular los hilos de esos ovillos que tejen la arpillera de la vida cotidiana, y marcan los trazos de la cartografía urbana de lo público y lo privado, que pueden ser táctica o estratégicamente dispuestos y trasvasijados por el ojo vigilante y la mano pronta del planificador social, de acuerdo a sus intereses de dominación.

102

Esas relaciones y esos lugares tienen su burocracia oficial de saber y de poder que se acuña en normas, reglamentos y leyes, en indicaciones, memorándum, fichas, cuadros, estadísticas, historiales penales, clínicos, laborales, asistenciales, pedagógicos, prescripciones y ordenanzas que pueden traducir o inducir y normalizar hábitos y costumbres, opiniones y convicciones. Ellas se legitiman sabia y poderosamente a través de toda una literatura menor, administrativa y técnica, tediosa pero inflexible por lo casuística, y que aún cuando pueda dejar lagunas, la práctica de su omisión permite recuperarlas luego en un nuevo reglamento que modifica y amplía el ante-

rior; pero que, en todo caso, no por ser una literatura gris y anónima tal vez, sin que llegue a alcanzar el brillo acicateante de una verdad trascendental y universal, deja de producir, sin embargo, *efectos de verdad* incontrarrestables, precisamente porque se dirigen y anidan en lo concreto del detalle de la vida cotidiana.

Pero así como esas relaciones no son analfabetas ni son ubicuos sus lugares, tampoco es indiferente el que ello acontezca en una sociedad del primer o del tercer mundo, con una estructura de producción y laboral agraria o industrial, avanzada o retrasada en su desarrollo con resabios colonizadores o distorsiones de colonizado. Sobre el fondo y de entre las redes mundiales de poder cabe detener y apuntar la lupa también hacia los detalles múltiples, las filigranas contradictorias y los ornamentos necesarios que constituyen la producción de poder y de saber en una sociedad dada a través de los cuerpos de sus ciudadanos, en los lugares en que habitan y laboran, en los lenguajes y en los códigos que usan y abusan de ellos.

Las relaciones de poder y de saber penetran y modelan los cuerpos y la vida social, constituyen a los individuos y a las sociedades como un efecto y un objeto de poder, trabajándolas como un efecto y un objeto de saber.

Con todo esto, de lo que se trata es: del individuo y la sociedad; seguro. De psicología conductual y de sociología del conocimiento; tal vez. Del Estado y las Ciencias; también. Pero igualmente puede decirse todo eso de otro modo, por ejemplo, «saber cómo se gobiernan los hombres (a sí mismos y a los otros) mediante la producción de verdad».³ O bien, llevar a cabo un análisis que puede llamarse una «microfísica del poder» que se detenga en los detalles de un saber que, a su vez, puede recibir el nombre de una «anatomía y economía política de los cuerpos»; un saber que ponga de manifiesto los mecanismos, técnicas, enunciados y postulados que han contribuido a producir e incorporar en las conductas y en las palabras de los individuos específicas relaciones de dominación y sometimiento.

³ IP(fr)., p. 47. Junto a una serie de artículos de historiadores franceses, recoge la respuesta de Foucault a uno de esos artículos y el protocolo de una mesa redonda sostenida entre ellos.

Relaciones de poder y de saber, por consiguiente, que en sociedades y en tiempos dados han llegado a constituir y a hacer reconocerse a los hombres a través de ellas en lo que consideran su más estricta individualidad. Es decir, relaciones que han «permitido» a los hombres encontrar en ellas el perfil más íntimo de *su* verdad, o bien que por convicción o saturación se enfrentan a los lugares comunes o insidiosos del poder y del saber en las múltiples modalidades de la resistencia.

También puede expresarse todo lo dicho, afirmando que, «en suma, la cuestión política no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología: es la verdad misma». ⁴ Afirmer que la verdad es política, y que su desocultamiento, su conquista o su producción ha de pasar por los trabajos diarios de una historia política de la verdad.

Pero lo escrito hasta el punto que cerró el párrafo anterior no es propiedad intelectual exclusiva del autor que redacta estas líneas. Ellas exponen una interpretación, que es a su vez una primera aproximación a y presentación de algunos de los análisis y problemas que desde fines de 1970 viene desarrollando Michel Foucault en su cátedra de «Historia de los sistemas de pensamiento» en el Colegio de Francia, en París, y que han sido publicados en sus libros: 1. *Vigilar y castigar. El nacimiento de las prisiones*; 2. *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*; 3. *La verdad y las formas jurídicas*; 4. *Microfísica del poder*; y estos libros a la vez que trasladan fuertemente los acentos hacia las cuestiones relativas a los dispositivos de producción del poder-saber, recogen y transforman puntualmente las investigaciones de otras obras suyas editadas en la década del 60, que abordan temas tan diversos entre sí como los ya señalados; 5. *Historia de la locura en la edad clásica*; 6. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*; 7. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*; 8. *La arqueología del saber*.⁵

⁴ MP, p. 189.

⁵ Con excepción de 3., editado por Ed. Gedisa, Barcelona, España; de 4., editado por Ed. La Piqueta, Madrid, España; y de 5., editado por Ed. F.C.E., México, todas las otras obras de M. Foucault han sido traducidas al castellano y editadas por Ed. Siglo XXI, México.

Entre fragmentos y canteras

La diversidad de temas y problemas que ha trabajado Foucault podría comprenderse, por uno de sus lados, desde su afirmación de que su trabajo responde a la coyuntura teórica actual, con la intención de proponer un diagnóstico del presente. Ello, en la medida en que los análisis de esa pluralidad de discursos que despliegan técnicas y prácticas diversas pero precisas sobre la locura, el saber médico, las ciencias humanas, las prisiones, la sexualidad, lo jurídico y la verdad, entregan elementos específicos y diferenciados que contribuyen a una comprensión de las diferencias que constituyen al hombre moderno, y que en definitiva él mismo produce. Diferencias que permitirían distinguirlo radicalmente de los hombres de otras épocas, y que pondrían mayormente de relieve los problemas de la coyuntura del presente.

Además de presentar los libros de Foucault como coyunturalmente diagnósticos, habría que considerarlos, según él mismo nos lo dice, «cuando más, como fragmentos filosóficos en las canteras de la historia». ⁶ Esto cabe entender[lo como un doble quiebre: tanto con respecto a una cierta comprensión tradi] ⁷ cional de la filosofía como de la historia.

A propósito de la filosofía, por lo pronto un quiebre frente a aquella voluntad de sistema que pretende dar cuenta del conjunto de la experiencia humana en una teoría totalizadora y global, que garantizaría un discurso de verdad universal y necesario. Al oponerse a ella, Foucault no busca sin más cubrirse con la modestia del fragmento y el análisis y la crítica local, circunscrita, sino a la vez y a través de éstas denunciar los efectos inhibitorios y encubridores que esas teorías totalitarias ejercen con respecto a la abigarrada y aleatoria realidad concreta, de lo que genéricamente puede llamarse la experiencia humana.

A propósito de la historia, se propone un quiebre de aquella historia escrita por

⁶ IP(fr)., p. 41.

⁷ [Laguna en el texto, cuestión que está resuelta en su primera versión y que aquí hemos añadido].

o para filósofos, que pretende fijar la identidad del presente en la continuidad sin mancilla ni ruptura de los tiempos, en el reencuentro del origen o en el cumplimiento de un fin trascendental. Por el contrario, se ha de intentar multiplicar analíticamente la historia en los «acontecimientos», en las «singularidades» que la han entramado. ¿Para qué?

Por lo pronto para provocar una ruptura de evidencias. Por ejemplo, aquella de que lo que es, es necesario, porque desde todos los tiempos ha sido esencialmente así, como hoy es, aun cuando accidentalmente se haya vestido con distintos ropajes. Pero también porque al «acontecimentalizar» la historia, el análisis puede hacer aparecer una variedad aleatoria de conexiones, apoyos, encuentros, bloqueos, juegos de fuerza, estrategias, que a pesar de y con las contradicciones que allí puedan surgir, posibilitan un enriquecimiento de la comprensión de los hechos históricos en su materialidad. Y ello, aún cuando toda esa aleatoriedad de los acontecimientos pueda luego funcionar, a partir de una coyuntura y urgencias dadas, con un carácter de evidencia y necesidad, integrándose eventualmente a una estrategia global de dominación de un poder y un saber específicos.

Pero habría que agregar que ni los fragmentos ni las canteras son un dogma, sino una elección coyuntural y estratégica de análisis.

Los discursos productivos

Es en una teoría general de la producción entretejida por los discursos en que se expresa y afianza en donde, por otra parte, habría que situar las diferentes investigaciones concretas de Michel Foucault.

Digamos, en primer término, algo sobre los discursos. La relevancia que le otorga Foucault a los discursos radica en el hecho de que ellos mismos remiten a lo ya dicho y escrito acerca de un objeto o situación dada, de modo que se puedan así filiar las condiciones concretas de existencia en que se produjeron objetos y prácticas efectivas: la locura, el discurso clínico de la medicina, la sexualidad, entre otros. En

lugar de la especulación pura o encubierta, la reescritura de los discursos existentes. Además, el valor de los discursos se asienta en la materialidad y en el apoyo que les otorgan las instituciones que los usan, los hacen circular en otros campos, los repiten y los estabilizan, legitimándolos con la aureola de su poder.

Así, por ejemplo, los discursos sobre la creación de riqueza y progreso a través del juego de la oferta y la demanda en la economía de libre mercado, no encuentra ni legitima su verdad en el santuario oficial de la Ciencia de la Economía Política, sino en las instituciones y prácticas de poder: ministerios, centros financieros y empresariales, complejos de comunicación social y de masas, corporaciones de altos estudios. Y todos ellos y cada uno de acuerdo a sus peculiares intereses hacen circular, usan, repiten y estabilizan ese discurso confiriéndole un *efecto de verdad*, que no por ser sutil o gruesamente interesado deja de crear concretos, y en algunos casos —según las condiciones internas de dominio en una sociedad dada—, inexorables *efectos de poder* que traspasan todas las relaciones individuales y sociales, al punto que no llegan a faltar quienes, ya sea por ingenuidad, comodidad, resignación u oculta convicción reactivada por la «realidad» inmediata, terminan considerando a ese discurso como la verdad misma, y sin vuelta de hoja.

Con respecto a la teoría general de la producción entregaremos fragmentariamente un solo ejemplo desarrollado por Foucault en *Vigilar y castigar*⁸: mostrar y desmitificar a través de un análisis microfísico, es decir, yendo al detalle de prácticas específicas diversas, el cómo del proceso de producción del cuerpo y del «alma» del hombre moderno, a lo largo del siglo XIX en Europa, y más precisamente en Francia.

Es en los espacios cerrados hacia afuera, pero calculadamente distribuidos en su interior, tal como sucede en las escuelas, los cuarteles, los talleres y fábricas, los hospitales y las prisiones, en donde se tallan minuciosamente los gestos, posturas

⁸ VC., III parte, cap. I, II, III.

y conductas del cuerpo del escolar, el soldado, el trabajador, el enfermo, el reo, de acuerdo en cada caso al objeto que deba producir, a la orden que cumplir, al problema que resolver. Allí se ponen en obra las técnicas de control y ablandamiento de los cuerpos de los hombres, propias a una «anatomía política» y a una «economía política de los cuerpos», las cuales tienen como objetivo inmediato aumentar el rendimiento económico, productivo de esos cuerpos, a la vez que conquistar su domesticación y docilidad política.

De este modo no sólo se controla más eficazmente a las masas de hombres que crecen y pueblan las sociedades industriales del siglo pasado (explosiones demográficas, migraciones del campo a la ciudad, etc.), sino que también se los disciplina, apuntando finalmente hacia la normalización de sus conductas, deseos e ideas. El premio y el castigo son los operadores de cambio entre el cumplimiento y el incumplimiento o desacato a la norma. Se produce y se conquista el «alma» del hombre a través de la talla y docilización de las necesidades y deseos de los cuerpos. (Y por aquí habría que buscar también la figura del hombre que estudia e interpretan las llamadas ciencias humanas).

Paralelamente, estas prácticas están traspasadas por y aseguradas mediante los dispositivos peculiares a cada lugar de una vigilancia jerarquizada. Una vigilancia en la que el que ve, debe ver sin ser visto, de modo que todos y cada uno de los vigilados deba sentir y saber siempre que está vigilado, para que éste a su vez ni siquiera tenga el deseo de hacer o querer aquello que el que lo vigila, no quiere que él haga o desee.

108

Con todo esto se trata de analizar y comprender de una manera más positiva el cómo de la eficacia de los aparatos de disciplinamiento de los hombres, usados por el poder. Pero también y en su reverso, Foucault pretende destacar, para su empleo posible y necesario, los puntos de fricción, de enfrentamiento, conflicto y lucha, de resistencia frente a los mecanismos de *disciplinamiento* y *normalización* con que el poder aprende a y sabe «gobernar» a los hombres.

Los dos lados de la moneda

Por ello es que, puestos ante la realidad del poder y del saber oficiales en una sociedad dada, propone Foucault la modificación del eje de sus análisis.

Un punto de partida general aunque concreto para operar este cambio, consiste en: antes que privilegiar el modelo jurídico de la ley y la soberanía: de la legitimidad o ilegitimidad de quien posee el poder —trátase del rey en la época moderna, o del pueblo en las democracias contemporáneas, con su correspondiente contrato social entre ciudadanos libres e iguales—, cabe adentrarse, más bien, en los mecanismos y técnicas específicas de dominación y sometimiento usados por el poder-saber oficiales. Pues cualquiera sea la forma jurídica en que se apoya el poder, éste siempre se ejerce de acuerdo a modalidades precisas de dominación, con todas las gradaciones democráticas o autoritarias que aquél pueda inventar o absorber desde otros lugares de prácticas.

Dicho esquemáticamente, la propuesta de transformación del análisis supone:

1. Suspender el juicio y el trabajo acerca de aquella interpretación que sitúa al poder en el centro y en lo alto de las relaciones y prácticas sociales, y que paralelamente llevan a entender el fenómeno de la dominación como algo que se implanta masiva y homogéneamente desde un individuo, grupo o clase hacia otros individuos, grupos o clases. Simultáneamente esa dominación se consolidaría con el cemento del discurso ideológico que se escurriría desde lo alto de los aparatos del poder, que a su vez lo producirían, y que impregnan todo el cuerpo social.
2. (Y continuando con el esquematismo de circunstancias), privilegiar coyunturalmente para el análisis aquellas prácticas y formas locales, regionales, capilares en que se ejercen poderes diversos, que atraviesan y circulan por los cuerpos de los individuos y las distintas prácticas sociales, rearticulándose en organizaciones reticulares, en las que pueden persistir o transformarse al ser anexadas, confiscadas por estrategias globales de dominación —en tanto éstas

reconocen la utilidad económica, social, política de aquéllas— y que, por consiguiente, pueden ascender hacia y generalizarse a través de su uso por el poder central o los poderes dominantes. La producción ideológica será acá, en todo caso, la resultante plural de todos aquellos saberes menores pero eficaces, que contribuyeron al éxito del poder ejercido en esos niveles locales, periféricos, capilares de prácticas sociales.

Para abreviar, concluimos con una cita, sin comentarios:

El problema político esencial para el intelectual no es criticar los contenidos ideológicos que estarían ligados a la ciencia, o de hacer de tal suerte que su práctica científica esté acompañada de una ideología justa. Es saber si es posible constituir una nueva política de la verdad. El problema no es “cambiar la conciencia” de las gentes o lo que tienen en la cabeza, sino el régimen político, económico, institucional de la producción de la verdad.

No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder —esto sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder— sino de separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento.⁹

⁹ MP, p. 189.